

La primavera del patriarca

El desgaste de los liderazgos en la política dominicana

En las elecciones presidenciales de República Dominicana de mayo 1994 se enfrentan dos candidatos casi nonagenarios. Ellos representan la presencia del caudillismo en República Dominicana. Es el fruto de la debilidad del Estado y la identidad popular, que han vivido una modernidad incompleta. La aparición de nuevos sujetos sociales en el escenario político manifiesta la posibilidad de que esté surgiendo un cambio radical en la conformación de la democracia dominicana.

Juan Montalvo, S.J. *

DESDE el aeropuerto de Las Américas, camino de la ciudad de Santo Domingo, en República Dominicana, cruzamos un inmenso letrero que, junto a un dibujo de la cara remozada del casi nonagenario presidente Joaquín Balaguer, dice: «Mientras otros

* Centro de Estudios Sociales Padre Juan Montalvo, S.J. Es un centro de jesuitas de República Dominicana. El presente artículo es un trabajo colectivo.

planifican el futuro, yo soy la realidad del presente». Anuncia su candidatura a la presidencia de la nación por novena vez, con este saldo: de las nueve sólo en dos ocasiones —1978 y 1982— perdió.

Como una repetición del mito del eterno retorno, sus partidarios cantan por las calles «vuelve y vuelve». En otros tiempos los liderazgos latinoamericanos detenían la historia por la vía de la dictadura (recordemos a Batista, Trujillo, Rojas Pinilla, Perón, Pinochet, y tantos otros). Hoy la reunión de jefes de Estado de las Américas proclama con orgullo que es la vez en muchos años en que hay más presidentes democráticamente elegidos.

Sin embargo, no siempre esto nos habla de una renovación del liderazgo. Venezuela acaba de llevar de nuevo al poder a Rafael Caldera, venciendo incluso a su propio partido. En Chile la sombra de Educardo Frei se proyecta en su hijo recién elegido, como en el liderazgo del hijo de Figueres en Costa Rica, recordando en versión democrática la dinastía de los Somoza en Nicaragua. Y las elecciones de mayo de este año enfrentan en República Dominicana a los dos (¿eternos?) rivales: Juan Bosch y Joaquín Balaguer, ambos cerca de los noventa años y con un evidente deterioro físico.

Balaguer, como Trujillo, a quien sirvió como cortesano según su propia expresión por casi treinta años (1), parece querer congelar la historia. Bartomeu Meliá, S. J., usa una imagen fotográfica para decir cómo las historias contadas pueden «velar» lo mismo que se está viendo (2). Asimismo la fotografía puede congelar la historia, detenerla en un presente que se eterniza. Joaquín Balaguer ha desarrollado el mito de ese eterno presente que libera del caos primitivo. La única alternativa es ese presente congelado, sin futuro. En uno de sus más recientes discursos ha llegado a decir que no necesita programa de gobierno, porque ahí están sus obras, que hablan por sí mismas, sacralizando este presente congelado con una frase bíblica: «por mis frutos me conoceréis».

El caso dominicano, que parece sacado de las páginas de *El Otoño del Patriarca*, de García Márquez, nos invita a la pregunta: ¿qué elementos han contribuido a esta falta de renovación del liderazgo político?

(1) Joaquín Balaguer: *Memorias de un cortesano de la Era de Trujillo*. Santo Domingo, Corripio, 1988.

(2) El encubrimiento de América, RAZON Y FE, 223, 1108, febrero, 91, pág. 159.

Un breve espacio para el brinco

ASI ha descrito el poeta Máximo Avilés Blonda a la República Dominicana. Más de un diez, quizá ya cerca del veinte por ciento de la población vive fuera del país. Emigrantes, legales o ilegales, a Estados Unidos, Europa, países de América Latina y a otras islas del Caribe. Continuamente las autoridades reportan deportación de viajeros ilegales que embarcan en débiles botes rumbo a Puerto Rico, o se van de polizontes hacia Nueva York o Panamá, o consiguen «arreglar sus papeles» para viajar a Europa. Se calcula que la segunda entrada del país la componen las remesas que envían los dominicanos ausentes, que contribuyen a la economía dominicana más que ningún otro renglón, exceptuando el turismo.

Es un síntoma de un pequeño país subdesarrollado en esta época de los agentes estructurales para el nuevo orden económico mundial. Sobre la República Dominicana pesa una deuda externa que es dos veces y media el presupuesto nacional. En la nueva división internacional del trabajo le toca la producción de playas y mano de obra barata.

A pesar de las excelentes playas y los bajos precios, el turismo dominicano tiene fuertes debilidades. Es un turismo de bajo consumo (un promedio de 133 dólares diarios), en competencia con las demás islas del Caribe (en donde aún controla sólo el 9 por 100 del flujo turístico del área), con fuertes fluctuaciones por causas incontrolables (en 1991 la guerra del Golfo redujo considerablemente el turismo, que ni las celebraciones del V Centenario de 1992 lograron equilibrar), y con la empleomanía peor pagada de la región (la mayoría de los empleados del sector turismo están por debajo de los 120 dólares mensuales, que es el salario mínimo oficial).

El turismo y la migración tienen además sus efectos secundarios. Ambos ofrecen modelos que debilitan la autoestima de la identidad cultural. Un serio problema de la República Dominicana. Una décima popular resume las raíces históricas de este problema:

«Ayer español nací,
en la tarde fuí francés,
en la noche etíope fuí,
hoy dicen que soy inglés,
¡No sé qué será de mí!»

República Dominicana en menos de siglo y medio fue colonia española, francesa, parte de Haití, independiente, anexada de nuevo a España, de nuevo independiente, intentó la anexión a la Gran Colombia y a Estados Unidos y terminó con una intervención norteamericana hasta 1924. La independencia como nación tuvo que ser conquistada varias veces. Un primer intento fallido de España en 1821, la independencia conquistada de Haití en 1844 y reconquistada de España, 1865, y de Estados Unidos en 1924.

A esta confusión de identidades se unieron otros factores. El fin del siglo XIX, después de trece años de dictadura de Ulises Hereaux, deja el país con la economía destruida y una deuda externa que justificará la intervención norteamericana, ante la que los débiles gobiernos de principios de siglo (con un promedio de más de dos por año) no pueden resistir.

En 1930 un golpe de Estado lleva al poder a un militar formado en la Guardia Nacional creada por los norteamericanos, que gobernará 31 años con mano férrea convirtiendo el país en su finca privada. Al momento de su asesinato, en mayo de 1961, Trujillo era el dueño de medio país y 80 por 100 de la fuerza laboral trabajaba para él o el Estado. Este poder absoluto impidió el desarrollo de una burguesía nacional. A su caída se creó un gran vacío de poder que facilitó a Juan Bosch el golpe de Estado en 1963, siete meses después de subir al poder como presidente electo, y finalmente la guerra de abril de 1965 y la intervención norteamericana del mismo año. La vuelta al poder en 1966 de Joaquín Balaguer, último presidente «nombrado» por Trujillo, con un gobierno duramente represivo, significó para el país el retorno a los personajes y métodos de la dictadura. Los llamados «primeros 12 años», logrados con dos reelecciones sin opositor real, confirmaron a muchos en el llamado «pesimismo dominicano» sobre la viabilidad de la democracia, e incluso del país.

Desde la Era de Trujillo arrecia la corriente intelectual que pretende ligar raza con un fracaso histórico. A nivel popular esta corriente se expresa como antihaitianismo y se construye el mito de la identidad nacional como negación de lo haitiano, es decir, de lo negro. El 85 por 100 de la población dominicana es negra o mulata, de forma que esta población desarrolla una identidad vergonzante de negación de su identidad racial y cultural como forma de sobrevivencia.

La crisis económica de los 80, que incluyó un levantamiento popular que costó más vidas que la guerra civil de 1965, desboca la ola mi-

gratoria hacia Estados Unidos y Europa, como exilio económico de quienes han perdido la esperanza en la viabilidad del país. El efecto demostración de los medios de comunicación, los turistas y los migrantes que regresan de visita confirma la convicción de que el paraíso está más allá del mar.

La era de Trujillo también dejó una debilidad estructural en la sociedad dominicana. El Estado dominicano heredó las propiedades de Trujillo y sus Fuerzas Armadas. Es un Estado rico y poderoso, pero débilmente institucionalizado. La corrupción administrativa y el abuso de poder han sido una práctica constante. Aún se maneja políticamente el juicio al ex presidente Salvador Jorge Blanco, que se ha prolongado por ocho años para neutralizar su influencia política. Un caso semejante al de Collor de Mello en Brasil o de Carlos Andrés Pérez en Venezuela, pero con menos impacto porque no fue destituido, sino llevado a juicio después de terminar su mandato.

Esta falta de institucionalidad se refleja en el manejo del presupuesto de la nación. El año 1993 el presupuesto asignado a la Secretaría de la Presidencia era 18.9 por 100 de total. Ya muy elevado con relación a las funciones que debe ejercer. Pero en el presupuesto ejecutado la Secretaría de la Presidencia gastó el 55.2 por 100 del total. Es un indicador de la centralización administrativa. De forma que la institucionalidad se pierde en el personalismo caudillista de un presidente que personalmente decide, hace y entrega cada obra de su gobierno. El resultado es que los proyectos de desarrollo no respondan al saber tecnológico más reciente, sino a una visión política y trasnochada. Por ejemplo, el plan de remodelación de la ciudad de Santo Domingo, en el que se ha invertido casi el 20 por 100 del presupuesto nacional en los últimos años, responde a las líneas maestras de un plan de los años 50, cuando la población era el 10 por 100 de la actual. Paradójicamente, mientras el Gobierno central reconstruye prácticamente la ciudad, el Ayuntamiento trabaja en un plan regulador que, cuando sea aprobado, será demasiado tarde. Primero se construye y después se planifica.

El Estado débil

LA debilidad institucional del Estado dominicano está también relacionada con la estructura social del país. El eterno opositor de Joaquín Balaguer, Juan Bosch, insiste en que el país

adolesce de la falta de una clase gobernante (3). Alguien ha dicho que en República Dominicana «la burguesía necesita permiso del presidente para ser burguesía». La mayoría de las empresas dependen, para su supervivencia, de exoneraciones y privilegios especiales concedidos personalmente a través de cabildeos políticos. Eso las sitúa en una condición de ilegalidad que las obliga a buscar la complacencia del presidente. Tan importante es esta gestión que las grandes empresas suelen tener un funcionario para «relaciones gubernamentales».

La misma Constitución de la República consagra este presidencialismo en el artículo 55 que concede al presidente poderes casi absolutistas. Su modificación es uno de los puntos de mayor consenso en la actual discusión sobre reforma constitucional, unido a la descentralización del Estado, que incluye la reforma municipal.

André Corten comenta al respecto: «El estado débil de caracteriza por las continuas tentativas de marcar las diferenciaciones. Como estas diferenciaciones no encuentran fundamento en las relaciones económicas de la división del trabajo, como tampoco al nivel de la organización política, se encuentran sucedáneas. Una de éstas es la discriminación. El aparato militar, tal como se desarrolla en Haití y en República Dominicana, administra la discriminación, forma de dirigir sobre el *alter ego* la violencia» (4).

Todos estos factores colaboran para un clima de aparente tranquilidad. Es la paz de «cuchillo no guardado» que se funda en confusos sentimientos que predominan en amplios sectores de la población: el sentimiento de frustración radical: «esto no hay quien lo cambie, no se puede hacer nada». Quienes así piensan se conforman con lo que hay, pensando que es lo mejor posible: «después de todo no tenemos guerrilla ni terrorismo». O se escapan a refugios imaginados: fundamentalismos, droga, alcohol. O en actitud de «sálvese quien pueda», procuran la supervivencia individual «a como sea». Esta actitud, unida a la resistencia a la cultura moderna desde la apreciación de que es la cultura dominante en esa dialéctica relación de deseo y rechazo, y a la influencia de estilos aprendidos de los migrantes que regresan, los modelos vendidos por los medios de comunicación y los turistas que pasan, constituye la postmodernidad periférica, con su séquito de indiferentismo político e inmediateismo.

(3) *Las clases sociales en República Dominicana*. Santo Domingo, Corripio, 1983.

(4) *El Estado débil*. Santo Domingo, Taller, 1993, pág. 277.

En los últimos años se ha incrementado la brecha entre ricos y pobres. Entre 1984 y 1989 el número de pobres creció de 47,34 por 100 a 57,32 por 100, entre los cuales el crecimiento más significativo fue el de los indigentes, que subieron del 16,21 por 100 al 30,26 por 100 con una tasa de desempleo por encima del 30 por 100. En 1989 el 10 por 100 más rico de la población recibía el 44,2 por 100 del ingreso (en 1984 era sólo el 34 por 100) mientras que el 10 por 100 más pobre recibía sólo el 0,8 por 100 (5). Los estudios posteriores indican un alarmante crecimiento de la pobreza (6) que contrasta con la apariencia de progreso producida por el consumo de lujo de los más ricos y por la remodelación urbana ejecutada por el gobierno. En las calles se cruzan automóviles de lujo con destartados minibuses de transporte público y triciclos de pedales de vendedores ambulantes.

El desempleo ha multiplicado los pequeños negocios informales que luchan con las autoridades por ganar espacios en parques, aceras y calles. La supervivencia de las mayorías queda ligada a la ilegalidad de estas microempresas. El sueño de riqueza rápida queda también, en la percepción general, relacionado con los viajes ilegales al extranjero, los negocios de la droga y la prostitución, el contrabando y la corrupción administrativa. Este imperio sin ley se manifiesta desde el tráfico de las calles hasta la misma Constitución de la República, que ha sido calificada por el presidente como «papel mojado». El más reciente escándalo en este sentido ha sido el de los «desacatados». Decenas de presos en las cárceles de República Dominicana tienen a su favor órdenes de libertad dictadas por los tribunales de Justicia, que son desacatadas por la policía, que los mantiene presos. Cuando la policía se constituye por encima de la ley, con aprobación del poder ejecutivo, la institucionalidad democrática queda reducida a su mínima expresión.

El empobrecimiento de la clase media, sobre todo profesional, ha tenido repercusiones importantes. Muchos profesionales han optado por emigrar del país, produciendo una fuga de cerebros que afecta las posibilidades de desarrollo. Muchos que permanecen han abandonado su profesión para dedicarse a actividades más lucrativas. El caso más dramático es

(5) Susana Gámez: *Niveles características y tendencias de la pobreza*. Santo Domingo, marzo, 1992.

(6) Cfr. Nelson Ramírez: *Pobreza y procesos sociodemográficos en la República Dominicana. Relaciones e implicaciones para políticas y programas*. Seminario Políticas de Concertación para la Reforma Social y Disminución de la Pobreza, PNUD-PUCMM, Santo Domingo, noviembre, 1993.

el de los maestros, que con un sueldo base de menos de US\$ 70.00 mensuales han desertado de las aulas, bajando la calidad de la educación.

Esta situación produce el sentimiento de frustración y la alternativa desesperada del sálvese quien pueda. Y ante el sentimiento del caos generalizado, muchos se orientan hacia la búsqueda de seguridad y oportunidades. En el caos de este mar revuelto, crecen las oportunidades de ganancia de pescadores y la figura patriarcal del timonel que conoce la ruta da seguridad a quienes sienten el vértigo del futuro.

Los retos de la democracia

AMÉRICA Latina llegó a la democracia buscando la independencia. Sólo dos países latinoamericanos hicieron una breve experiencia de monarquías autónomas, Brasil y México, que muy pronto fracasaron. Pero a diferencia de las democracias europeas, que nacieron al fragor de la revolución industrial y las ideas de la Ilustración, las democracias latinoamericanas se adelantaron un siglo a la revolución industrial y a la modernidad cultural. Nacieron sin una base social que las sustentara. Construidos sobre culturas y economías tradicionales, los regímenes democráticos no expresaban la dinámica real de las fuerzas sociales. El discurso democrático se vio repetidas veces interrumpido por el decurso de los acontecimientos cocinados por oligarquías y brazos militares. Las masas quedaron excluidas por razones de piel o tierra. Y la violencia marcó la historia de dos siglos de revoluciones, golpes de Estado y guerrillas, sobre regímenes manchados con la sangre y prepotencia de las fuerzas armadas.

República Dominicana no fue excepción. En los siglos XIX y XX ha tenido 100 gobiernos diferentes (contando con uno solo los 31 años de Trujillo, aunque tuvo varios «presidentes»). De ellos sólo 11 terminaron su período constitucional, 18 fueron gobiernos electos que no cumplieron su período constitucional, 25 fueron gobiernos provisionales colectivos designados después de golpes de Estado o revoluciones, 33 fueron gobiernos impuestos luego de revueltas o golpes de Estado, 4 fueron dictaduras y 9 gobiernos bajo la responsabilidad de una potencia imperial (7).

(7) Mu-Kien Adriana Sang: «Entre el autoritarismo y la aspiración de libertad», *Estudios Sociales* 95, enero-marzo, 1994, pág. 31.

Muchas veces fueron estas dictaduras militares las que lanzaron los programas de modernización económica. Ellas permitieron una rápida acumulación de capital originario en mentalidades no oligárquicas e impusieron, por intereses personales, facilidades para la inversión modernizante. Si hoy algunos alaban la dictadura de Pinochet por su reforma económica, que introdujo a Chile en la planificación neoliberal, tendríamos que reconocer que también fue Trujillo en República Dominicana quien comenzó los procesos de industrialización en un esfuerzo de sustitución de importaciones que introdujo a República Dominicana en la modernidad. Los militares aprendieron a lucrar en base a sus servicios como guardianes de intereses ajenos, y no pocas veces se decidieron a defender los propios.

La centralización administrativa, que necesitó la fuerza de las armas, convirtió al Presidente o dictador en principio de unidad del gobierno y de planificación. Y la exaltación de su figura mitificada se convirtió en el eje central de las luchas políticas que se hacían a favor o en contra del presidente de turno.

Así el mismo principio era freno e impulso de la modernización. Mientras su persona representaba el progreso, ella era el símbolo de la falta de libertad. Y se abría la posibilidad de pensar la contradicción de una modernidad sin democracia. Para los que hoy piensan que esto no era más que el peso del atraso secular de los países latinoamericanos, no tienen más que mirarse en el espejo de las actuales tecnocracias, en las que el saber tecnológico pretende sustituir la participación popular. Los caudillos modernos son algo más que las reminiscencias del pasado. De ahí su fuerza en los presentes cambiantes. Ellos representan el progreso sin libertad, la modernidad sin democracia. En el fondo son déspotas ilustrados que desprecian al pueblo, al que sólo aceptan como pedestal. En esta actitud está la raíz de las políticas asistencialistas y de los populismos latinoamericanos. Desde Perón a Balaguer, éstas han sido las características que han permitido su florecimiento y vigencia. La pobreza absoluta de grandes mayorías ha canalizado su apoyo coyuntural a dichos regímenes.

Balaguer ha tenido la habilidad de comprender este papel y desempeñarlo con brillantez. Por eso, a pesar de su independencia (¿cuántos presidentes latinoamericanos han hecho esperar al Embajador norteamericano por horas ante su despacho?) ha sido comodín de las políticas internacionales de las grandes naciones e instituciones internacionales. Ha sido

capaz de negociar con la Comunidad Europea y Estados Unidos mientras abiertamente se opone a la política internacional contra la dictadura militar haitiana. Porque para él, gobernar es saber mantenerse en el poder. Se gloria de que la corrupción administrativa termina a la puerta de su despacho implicando al mismo tiempo su honestidad y la deshonestidad de quienes le acompañan. Y ésa es una de sus armas de poder. La corrupción permitida pero no compartida le pone en sus manos a todos sus colaboradores que se saben obligados, como mecanismo de supervivencia, a aceptar «lo que diga Balaguer» (8).

En las noches dominicanas, asomados al balcón o a la ventana en busca de un poco de brisa nocturna que apague el calor, se contempla, desde cualquier rincón de la capital, el potente rayo de luces láser del Faro a Colón, que ilumina la noche en forma de cruz, sobre una ciudad apagada por la falta de energía. Es el orgullo de la ciudad, que desafía al cielo a costa de la oscuridad de sus habitantes. Extraño símbolo de una modernidad a medias, que optó por una tecnología para las elites a costa de la participación democrática de las mayorías. En esta opción es importante a quien guía saber no acelerar demasiado, de forma que no se rompan los límites que la gente pueda aguantar. Ha sido el error de las dictaduras, que las democracias populistas han tratado de superar.

Este mecanismo de «estabilidad» ha sabido jugar, en el caso dominicano, con elementos de la cultura de la pobreza (9) para sacarles ventaja política.

Por ejemplo, para la cultura de la pobreza la esperanza reviste características especiales. La percepción de la historia es muy débil. La información histórica que se maneja es muy limitada. La experiencia histórica propia o recibida familiarmente es de una no-historia, de un tiempo fosilizado que se repite cíclicamente. El cambio es una irrupción extraordinaria, cuyas raíces están fuera de las fuerzas que ellos controlan. Por eso la esperanza se cifra en la ruptura de la historia y no en su avance.

Hay tres elementos que tradicionalmente han constituido la fuente de la esperanza de los pobres: la suerte, lo sobrenatural y la revolución. Los tres implican ruptura de los ciclos normales. De ahí que la lotería se convierte en una inversión y adquiere una fuerza que va más allá de toda

(8) Nombre de un movimiento político que propicia la reelección de Balaguer en la actual campaña electoral.

(9) Cfr. la descripción de la cultura de la pobreza de Oscar Lewis en su obra *La vida*. New York, Random House, 1966.

consideración moral sobre el juego. Lo que el pobre juega es una inversión en un futuro que no se abre con otras llaves. El ahorro de su inversión en el juego nunca le permitirá cambiar su situación. La lotería le permite vivir con esperanza en una historia cerrada para él.

Lo mismo el elemento religioso de la cultura popular. En un mundo dominado por fuerzas más allá de su control y comprensión, la religión le abre a la esperanza de fuerzas poderosas que pueden ponerse a su favor. Despreciar este dinamismo con la etiqueta simplista de la alienación es no entenderlo. Puede conducir a actitudes alienadas de conformismo y sumisión. Pero ha sido también motor para las luchas de masas sin historia, que recuperaron su futuro a través de su experiencia religiosa de un Dios más grande, que puede hacerse novedad de su esperanza. Es significativo que todas las rebeliones de esclavos de América Latina contaron con el factor religioso como elemento fundamental. En la experiencia religiosa recuperaban la conciencia de su valor e identidad y la posibilidad histórica de vencer la historia. El pasado reciente de América Latina nos dice del papel que la fe cristiana ha jugado en la motivación de las luchas liberadoras.

Las revoluciones siempre han contado con la fuerza avasalladora de las masas enardecidas de «los que no tienen nada que perder». Con frecuencia han sido manipulados por líderes no populares. Su acción ha reflejado el inmediatez de quienes no tienen historia. Ha sido más erupción de resentimientos y vejaciones no sanadas. Ha carecido de la visión para construir, perdiendo las riendas del proceso en la misma explosión revolucionaria. Pero no ha sido expresión simple de lo poco a perder. Es más bien recuperación de su protagonismo como sujeto y por tanto de su historia, de su futuro. De forma que la referencia a estos momentos se convierte en su pasado, que se mitifica en la memoria como documento de su presencia en la historia.

Balaguer ha procurado hábilmente, como todos los aspirantes a líderes perpetuos más o menos exitosos de América Latina, jugar con estos elementos. Su programa masivo de viviendas ha despertado en los pobres (e incluso en la clase media pauperizada) la única esperanza de conseguir hogar propio, base fundamental de la seguridad familiar. Todo el mundo quiere estar en el sorteo. Y en esa lotería de viviendas, en que todos saben que la mayoría serán perdedores, todos encuentran la oportunidad de soñar su futuro diferente. El programa de viviendas se convierte así en una fuerza política de doble filo. Aunque realizado violenta y abusiva-

mente a desproporcionados costos sociales y económicos, se juega en él la suerte de la única esperanza abierta a los pobres en tiempo de crisis. Y muchos apuestan su silencio ante la crisis y su voto, con la ilusión de ser ganadores.

Igualmente cuidadoso ha sido Balaguer en sus relaciones con la Iglesia, no sólo por reconocerla como la mayor fuerza social de la sociedad civil, sino también porque en ella encuentra la fuerza sacralizadora de su liderazgo. Todas las obras construidas por la Secretaría de la Presidencia son inauguradas personalmente por el presidente con la presencia de un sacerdote u obispo que las bendice y con frecuencia acompañadas de reparto de comida o juguetes para los niños. La referencia constante a los símbolos religiosos atestigua este cuidado. Desde el nombre de su partido, reformista social cristiano, hasta el uso de frases bíblicas en su campaña reeleccionista. No olvida que a Trujillo le costó caro su rompimiento con la Iglesia católica y que el duvalierismo en Haití y el peronismo en Argentina supieron sacralizar sus símbolos (con el vudú o la figura de Evita) para garantizar el apoyo popular.

Así como esos dos elementos ha sabido manejarlos, ha sido igualmente cuidadoso en tratar de neutralizar el tercero. Apelando al valor tradicional de la paz y el orden, e intentando borrar de la memoria histórica las gestas más populares. Su feroz antihaitianismo rayano con el racismo (10) y su hispanismo como rechazo de las culturas populares dominicanas, de fuerte componente afroamericano, son síntomas de este pensamiento.

Una primavera sin patriarcas

EN las elecciones del 16 de mayo de 1994 se enfrentan tres candidatos principales: los dos candidatos de siempre, Joaquín Balaguer y Juan Bosch, ambos compitiendo por novena vez, y José Francisco Peña Gómez, candidato por segunda vez (11). Los parti-

(10) Cfr. al respecto el excelente artículo de Jesús Zaglul sobre el libro *La isla al revés* de Balaguer, «Una Identificación Nacional Defensiva. El Antihaitianismo de Joaquín Balaguer», en *Estados Sociales*, 87, enero-marzo, 1992.

(11) En la historia dominicana cinco personas (Pedro Santana, Buenaventura Báez, Ignacio María González, Ulises Heraux y Rafael Leónidas Trujillo) subieron cinco veces al poder presidencial y otros

dos de Balaguer (Reformista Social Cristiano) y Bosch (de la Liberación Dominicana) nunca han tenido otro candidato presidencial. El Partido Revolucionario Dominicano ha tenido cinco candidatos diferentes en las diez elecciones en que ha participado. Dos de ellos, Bosch y Majluta, fundaron partidos aparte de los que han sido únicos candidatos presidenciales. Otro, Antonio Guzmán, se suicidó siendo presidente. Salvador Jorge Blanco se enfrenta a un juicio por corrupción administrativa durante su gobierno. El quinto es el candidato actual. Esta historia política confirma la perpetuidad del liderazgo político. La mayoría de los múltiples partidos pequeños que componen el espectro político dominicano están también organizados alrededor de una persona.

La excepción es el Partido Revolucionario Dominicano, que se organiza alrededor de una ideología política (la socialdemocracia), elige democráticamente sus candidatos, y ha mantenido históricamente la rotación. Su actual candidato incluye en su programa de gobierno la prohibición de la reelección presidencial. La historia dirá.

Los otros dos partidos mayoritarios están abocados a la búsqueda de nuevas figuras. Difícilmente sus candidatos actuales volverán en el 98, como nonagenarios, a aspirar a la presidencia. Cuentan en sus filas con muchos aspirantes a heredar la posición de sus líderes, pero poca voluntad en ello de dejar crecer nuevas figuras. Más bien los aspirantes han tenido que abandonar el partido. El último caso es el de Fernando Álvarez Bogaert, candidato a sucesor de Balaguer, que ha abandonado el partido para negociar con Peña Gómez la candidatura vicepresidencial. Los patriarcas parecen no sentir la entrada del otoño, sino que se sienten aún en plena primavera. Pero la vida parece imponerse sobre los intentos de detener la historia.

República Dominicana es un país donde las reformas están aún por hacerse. La organización de las Naciones Unidas celebró el pasado diciembre un seminario orientado a la concertación para la reforma social. El documento final fue firmado por los representantes de los cuatro partidos mayoritarios y de quince partidos minoritarios. Como testigos, en representación de la Iglesia católica, firmaron un obispo y el rector de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra. En él se comprometen a impulsar diez medidas de reforma social desde cualquier posición que

cinco llegaron a la Presidencia dos o tres veces. Cfr. Mu Kien Adriana Sang, *op. cit.*, págs. 32-35.

obten gan en las elecciones. Es un primer paso importante de concertación que podrá ser retomado por la sociedad civil para exigir su implementación.

Otro signo de esperanza es el progresivo fortalecimiento de una sociedad civil más independiente y activa. En este sentido ha surgido un nuevo movimiento político no partidario que reúne a muchas personalidades de la vida social dominicana en un esfuerzo por promover la «Participación Ciudadana», como quiere dejar establecido el nombre que se han dado. Reflejan una realidad que parece anunciar una nueva etapa. La sociedad civil, representada sobre todo por nuevos sujetos sociales que han irrumpido en la arena política, comienza a hacer sentir su presencia. En la actual campaña electoral los grupos feministas han lanzado un programa llamado «Hay que atreverse» para fomentar la participación política de la mujer. Los grupos barriales están participando en los diálogos de concertación social con la expresión de sus demandas. Los grupos ecologistas van ganando espacio para sus reclamos. Todo apunta hacia una sociedad civil que toma conciencia, se organiza y se sitúa como interlocutor de la sociedad política cada vez con más fuerza.

Por otra parte todos estos movimientos apoyan el abocarse a una reforma política que incluya la necesaria reforma constitucional. Algunos reclaman que ésta debe ser resultado de una Asamblea Constituyente que aúne todas las fuerzas vivas del país. La presión incluye la institucionalización del Estado dominicano que garantice una mayor racionalidad y participación ciudadana en su quehacer.

Todo esto sólo será posible si se emprende una reforma social a fondo que haga frente al creciente empobrecimiento de la mayoría de la población. La presión para el aumento del gasto social del gobierno desde los foros nacionales y los organismos internacionales ha logrado tímidos pero efectivos cambios en la composición del presupuesto nacional.

El resultado de las elecciones de mayo del 94 dependerá de muchos factores: las alianzas que logren establecerse, el manejo de la campaña electoral, la limpieza del proceso... Pero en cualquier hipótesis, las perspectivas de fortalecimiento de la democracia parecen estar en su mejor momento. Quizá no se haya salido aún del invierno. Pero ya se anuncian los primeros brotes de una primavera que deje atrás una historia detenida y una modernización sin democracia, las dos mayores contradicciones de la República Dominicana del presente. Quizá la época de los patriarcas esté llegando a su fin.